

Casullo, María Esperanza (2019). *¿Por qué funciona el populismo?* Buenos Aires: Siglo XXI. ISBN: 978-987-629-896-4. Reseñado por Javiera Andrea Arce-Riffo, Universidad de Valparaíso-Chile. Reseña recibida: 12 de mayo de 2020. Reseña aceptada: 16 de mayo de 2020.

El libro comienza delineando las contradicciones propias del concepto *populismo*, pues suele ser utilizado de manera recurrente de forma peyorativa para hacer referencia a algo negativo en el plano político.

Para la autora, el populismo es un subproducto de la democracia, nació con ella. Sin embargo, la invitación es a mirarlo desde una perspectiva discursiva, como una «práctica o un uso del discurso que convive con otros» (p. 20). Pero este discurso se sitúa en un extremo contrario al tecnocrático. Asimismo, advierte que la mayoría de los casos se encuentran en medio. Aun así, ninguno de los gobiernos es puramente populista, porque para gobernar se requiere algo de tecnocracia y, si un tecnócrata desea ganar las elecciones, necesariamente recurrirá al recurso «mítico-populista» (p. 21), por lo que se requiere tener cuidado con el uso y abuso del concepto. Si todo es populismo, entonces, nada es populismo, y si se desconoce el concepto *populismo*, difícilmente se conozca el de *democracia*.

El enfoque que utilizará Casullo se relaciona estrictamente con lo político. Concibe el populismo como «una

manera de hacer política que está siempre en tensión y competencia con otras dentro de las democracias contemporáneas» (p. 44), de hecho, no es monopolio de una ideología, sino que puede «ponerse al servicio de diversos programas ideológicos» (p. 44).

La autora delinearé cuatro corrientes que ilustran el populismo: la discursiva (Laclau y Mouffe); la estrategia de poder personal (Weyland); una escuálida ideología (Mudde y Rovira), y el enfoque sociocultural-performativo (Ostiguy). Para Casullo, el populismo ocupará un discurso mítico —proveniente de las teorías de Laclau que rescatará Francisco Panizza— que dividirá el campo político en dos: el pueblo y la élite, pero estas no son entidades objetivas, sino «colectivos imaginados», vale decir, el pueblo va a existir porque lo nombran como tal y las personas que no pertenezcan a él serán su opuesto, produciendo una especie de antagonismo entre pueblo y no pueblo.

Casullo desarrollará el mito populista para explicar cómo opera el concepto. El tono y contenido del discurso incluirán aspectos como: 1) informar de quién forma parte del

pueblo (nosotros); 2) quién es el villano que ha dañado al pueblo; 3) justificar por qué el pueblo necesita a ese líder para reparar ese daño y que logre encarnar la lucha épica y alcanzar su redención histórica (p. 67).

Es posible observar tres personajes principales en esta obra: el líder, el héroe y el villano. Pero cada uno cumplirá un rol de acuerdo a la ideología imperante. Por ejemplo, en el caso de un líder con ideas de izquierda, el héroe es el proletariado, el villano es la burguesía y el mito populista es el pueblo/líder. En las ideas liberales, el héroe es el individuo, el villano es el Estado y el mito populista es el adversario externo/traidor interno (p. 71). Por su parte, el líder populista posee características de redentor y de eterno *outsider*. Por esta razón se podrá encarnar en el militar patriota, el empresario exitoso y el dirigente social.

Casullo incorporará también la temporalidad, ya que el daño que se le ha hecho al pueblo en el pasado debe ser enmendado en el futuro. El mito es «redentor» y no emancipador, plantea un futuro esplendor. Pero habrá populismos que mirarán al pasado —*Make America Great Again*— y otros con sentido de futuro. Esta temporalidad determinará la dirección en que golpeará el populismo, hacia arriba —la élite— o hacia abajo —los pobres y migrantes como cargas del Estado—.

Si bien el populismo pareciera ser monopolio de las lejanas tierras del sur de América, el concepto posee más de dos mil años y otros domicilios. Es más, en la antigua Grecia, Casullo plantea que los reconocidos sofistas eran asiduos a producir discursos populistas. Pero lo que no deja de sorprender es que cuando se pensó que el fin de la historia habría llegado —citando a Fukuyama—, ya que tanto el comunismo como los fundamentalismos religiosos pondrían en peligro la hegemonía de la democracia liberal, fue el populismo el que comenzó a socavar sus bases.

Los personalismos y proyectos de izquierda fueron neutralizados por las dictaduras militares en los setenta. Las transiciones estuvieron marcadas por las visiones normativas de la ciencia política y el derecho, que aclamaban instalar la «calidad» de las instituciones y la democracia como eje rector de la reconstrucción política regional, sugiriendo aplazar las conversaciones sobre redistribución de la riqueza y el poder, que acabaron por impulsar el ánimo redemocratizador de los nuevos populismos en el mundo, dejando atrás la higienización de la ciencia política impulsada por los politólogos durante los noventa.

Casullo analiza los casos de Hugo Chávez, Evo Morales, los Kirchner (Néstor y Cristina) y Fernando Lugo,

los populistas de izquierda, y los populismos de derecha, neoliberales y xenófobos, Donald Trump y Marine Le Pen, incluyendo menciones al Brexit en el Reino Unido y sus efectos.

La característica principal de los populistas sudamericanos es su triunfo en un contexto de crisis económica y política. Los sistemas de partidos se encontraban devastados en Venezuela, Argentina, Bolivia y Paraguay, escenario perfecto para levantar el mito populista, pues permite explicar las razones y responsables del daño ejercido sobre el pueblo. ¿Quién le hizo tanto daño? ¿Un enemigo interno o externo? ¿Los fondos buitres o el FMI? Desde una dimensión más tecnocrática, cabe la posibilidad de pensar la nacionalización de algunas empresas claves y la creación de un programa de expansión del gasto fiscal y reorganizar las prioridades en política pública.

Fue así como las variantes se expresaron desde proyectos refundacionales del marco político-institucional mediante procesos constituyentes —Hugo Chávez y Evo Morales—, modestas modificaciones fácilmente reversibles, pero con un enfrentamiento con el empresariado —Néstor Kirchner y Cristina Fernández— y un caso extremo como el de Lugo, que, de acuerdo a Casullo, no cabría en la clasificación de populista (p. 120).

La autora se refiere a la racionalidad del discurso polarizante del populismo, que le fue útil para mantener la lealtad y movilización del pueblo, lo que se observa como una nueva estrategia de gobernabilidad y estabilidad de las democracias populistas, por lo que esta forma de gobernar guardaría su propia racionalidad.

El elemento común de estos gobiernos fue «pegar hacia arriba». Sus enemigos constituyeron la clase empresarial, la banca y los propietarios de medios de comunicación. Este discurso les permitió la aplicación de cargas tributarias sobre estos grupos para redistribuir la riqueza entre los más desposeídos, lo que favoreció políticas redistributivas y la regulación positiva de la migración.

En contraste, el origen del otro populismo desarrollado en los países centrales con democracias institucionalizadas (p. 125) se remonta a la crisis económica del 2008 y 2009. Desde allí, comenzaron a ascender una serie de alternativas xenófobas, antiliberales y anticosmopolitas. Los populismos en Europa y Estados Unidos toman forma de partidos y liderazgos específicos y se desenvuelven al alero de las derechas.

Casullo invita a diferenciar los fascismos de los populismos de derecha. Si bien estos últimos reivindican la de-

mocracia, rechazan ciertos rasgos liberales de ella. También involucran la estrategia discursiva, pero sus políticas son «hacia arriba», procuran mantener jerarquías sociales consideradas «naturales» y poseen «una necesidad xenófoba de mantener los límites de la comunidad política contra factores designados como contaminantes de la pureza del verdadero pueblo» (inmigrantes, islámicos, afrodescendientes, feministas, grupos LGBTQI+) (p. 130).

Los populismos de derecha, para delimitar el «nosotros versus ellos», crearon una dicotomía con aspectos como la inmigración, la tecnocracia multinacional de la Unión Europea y la presión por modificar la estructura patriarcal de la familia. Carecen de un antagonismo definidamente anticapitalista y suelen reclamar contra los efectos de la globalización en el pueblo. El concepto de pueblo procura «la restricción de la solidaridad social a un grupo privilegiado» (p. 131). En efecto el «pegar hacia abajo» de los populismos de derecha es una invitación a mirar al pasado, como la campaña del Brexit de UKIP «*Putting the GREAT back into Britain*».

Las causas del éxito de estas propuestas podrían tener su origen en el empobrecimiento de las clases medias-bajas de los países industrializados, por la desaparición de las manufacturas como efecto de la

globalización y su traslado a China, México y Sudeste Asiático. Hipótesis que se encuentra aún en desarrollo.

Casullo realiza advertencias conceptuales sobre el populismo: 1) no conviene catalogar al populismo en alguna ideología, ya que es más bien un híbrido y recurre a elementos de distintas corrientes políticas de manera «desprejuiciada»; 2) hablar de populismos incluyentes o excluyentes es un error, ya que los populismos no son totalmente incluyentes (Ostiguy y Casullo, 2017). Esta exclusión descansa en la denominación de pueblo / no pueblo, y es clave para entender dónde se sitúa como proyecto político.

La pregunta que deja pendiente es por qué un continente marcado por su diversidad como Latinoamérica estaría condenado al populismo y por qué encuentran espacio proyectos políticos como el de Bolsonaro en Brasil.

Finalmente, Casullo hará referencia a Mauricio Macri y a sus estrategias populistas empleadas para resultar electo y cómo no pudo reelegirse culminando apenas un gobierno marcado por políticas de ajuste fiscal, cuyos más afectados fueron los pobres, siendo coherente con el proyecto de «pegar hacia abajo» de los populistas de derecha.

El texto de María Esperanza Casullo puede fácilmente ayudar a entender los efectos políticos del COVID-19,

ya que esta se enmarca en un contexto que ha puesto a prueba las capacidades estructurales de los sistemas sanitarios de todos los países del mundo, centrandolo en la figura del Estado como garante de la vida. Es posible mirar las formas de abordar la crisis sanitaria desde una perspectiva populista. Gobiernos como el de Donald Trump (Estados Unidos), Boris Johnson (Reino Unido) y Jair Bolsonaro (Brasil) han tenido respuestas débiles y en ocasiones negacionistas.

Medidas como el confinamiento, particularmente en Estados Unidos y el Reino Unido, fueron tomadas de manera tardía. Debido a eso, Estados Unidos y el Reino Unido lideran el número de decesos a nivel mundial. Sin embargo, las declaraciones de Trump al principio de la crisis buscaban negar el virus hablando de una «farsa demócrata», también ha exaltado el sentimiento antiasiático, tratando al COVID-19 como «virus chino» y provocando xenofobia. Alentó protestas para terminar con las políticas de confinamiento e invitó a los ciudadanos a ingerir productos de limpieza.

Boris Johnson, al principio, no se hizo parte de las reuniones de su gabinete para el diseño de medidas de contención y apostó por la «inmunidad de rebaño». Su estrategia fue poco exi-

tosa y él mismo acabó contagiado, requiriendo internación hospitalaria en cuidados intensivos.

Bolsonaro ha hablado de que el COVID-19 se trataría de una «gripinha», que los brasileros tendrían características biológicas superiores para soportar la crisis, y se aprecia una amenaza autoritaria en su discurso.

Tanto Trump como Bolsonaro recomendaron el uso de medicamentos como la hidroxiclороquina y la azitromicina sin que la comunidad científica lo avalara, lo que permite volver a Casullo y los populistas de derecha:

Rechazan la experticia asociada al capital cultural, y todo lo relacionado con la «cultura alta» como parte del reino de lo cosmopolita, lo afeminado y lo sospechoso de romper la cultura del «hombre de la calle»... En Estados Unidos la derecha del Partido Republicano libra una virtual guerra en los medios de comunicación contra las universidades y «los intelectuales» que comen rúcula (p. 145).

Casullo se ha adelantado a la discusión política. Para ella, la política es más que indicadores racionales y números que sostengan la eficiencia. De hecho, la tecnocracia también es parte de un mito político, lo que permite advertir en un escenario pos-COVID-19 que esta tecnocracia podría tomar ribetes impensados, dando paso a la

nueva era de gobiernos tecnocráticos basados en los discursos científicos-autoritarios.

### **REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS**

Ostiguy, Pierre y Casullo, María Esperanza (2017). Left versus Right Populism. Antagonism and the Social Other. *LXVII PSA Annual International Conference*, Glasgow, 10-12 de abril de 2017. Recuperado de: [https://www.psa.ac.uk/sites/default/files/conference/papers/2017/Ostiguy%20and%20Casullo\\_0.pdf](https://www.psa.ac.uk/sites/default/files/conference/papers/2017/Ostiguy%20and%20Casullo_0.pdf) [Consultado el 15 de mayo de 2020].